

LA DINÁMICA DE LA SOLEDAD DE ANA OZORES EN *LA REGENTA*

MERCEDES VIDAL TIBBITS
Howard University

«El tema de la soledad ha dominado la filosofía y la literatura occidentales desde la época de los mitos y los dramas griegos ... [pero] ... no aparece como una preocupación independientemente formulada hasta el siglo XVII».¹ René Canat, entre muchos otros críticos y sociólogos, mantiene que «de todos los motivos de tristeza que ha conocido el siglo XIX, la soledad moral es el más agudo».² Para el ser humano, encontrarse aislado de sus semejantes, lejos de las enojosas interferencias de la sociedad, puede ser una experiencia positiva, de reconocimiento de sí mismo y de desarrollo interno; pero, con más frecuencia, es una experiencia dolorosa, que le ha sido impuesta, y de la que anhela escapar.³ Es esta forma de la soledad la que aflige a Ana Ozores en *La Regenta*.

En el presente trabajo no pretendemos analizar las causas de la soledad de Ana Ozores, las circunstancias que contribuyen a fomentarla, ni las repercusiones espirituales, morales e, incluso, físicas, de su aislamiento, ya que este tema lo estamos desarrollando en otro artículo.⁴ Reconociendo que Ana Ozores se siente, durante toda su vida, separada del resto de la sociedad, nos proponemos analizar su soledad como una experiencia dinámica: Ana fluctúa constantemente

1. B. L. MIUSKOVIC, *Loneliness in Philosophy, Psychology and Literature*, Assen. Van Gorcum Press, 1979, p. 33.

2. R. CANAT, *Une Forme du mal du siècle*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1967, p. 1.

3. Las opiniones sobre la verdadera naturaleza de la soledad varían con cada filósofo, sociólogo, psiquiatra, etc. Sin embargo, la expuesta en el texto refleja la de la mayor parte de autores consultados, entre otros, W. SADLER, Jr. y T. B. JOHNSON, «From Loneliness to Anomia», *The Anatomy of Loneliness* (ed. J. Hartog), Nueva York, International Universities Press, 1980, pp. 34-64; C. S. MOUSTAKAS, *Loneliness and Love*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1972; R. GOTESKY, «Aloneness, Loneliness, Isolation, Solitude», *An Invitation to Phenomenology: Studies in the Philosophy of Experience* (ed. J. Edie), Chicago, Quadrangle Books, 1965, pp. 211-239.

4. «La vida solitaria de Ana Ozores», artículo inédito.

te entre un estado de aceptación de su soledad y reiteradas tentativas de escapar de ella. Ana se resigna a la soledad por un tiempo, pero, cuando ésta se hace insoportable, intenta superarla mediante un esfuerzo moral y, a veces, también físico, de búsqueda, que culmina cuando llega a experimentar un sentimiento de unión con algo o alguien que le permite olvidar, por un tiempo, su soledad. Esta fase termina abruptamente. Sigue un período de crisis que concluye con la aceptación resignada de la soledad. Y el ciclo se inicia de nuevo. La dinámica resultante de esta fluctuación es acentuada por la intensidad del esfuerzo de Ana por sentirse integrada y por la virulencia de la crisis. Esta dinámica queda cortada al final de la novela pues, cuando Ana empieza a intentar un nuevo esfuerzo tras la crisis más aguda que ha experimentado en su vida, éste es truncado inmediatamente por la actitud del Magistral, augurando un futuro sin esperanza de evasión.

Este proceso emana del anhelo de Ana de formar parte de un todo que dé sentido a su vida. Josep Hartog afirma que de las dos condiciones que forman el esqueleto de la soledad, inconexión y anhelo, este último, que él define como «el deseo angustioso, doloroso e indescriptible de algo o de alguien»,⁵ es la condición esencial. Sin ella no hay verdadero aislamiento.

La soledad de Ana comienza aún antes de la época de su niñez que ella puede recordar. Sus reminiscencias de cuando tenía cuatro años le traen a la memoria sus primeros intentos de mitigar la soledad: en esa época de su vida los momentos de crisis ocurrían diariamente, al verse obligada «a acostarse todas las noches antes de tener sueño», y «lloraba sobre la almohada», y luego, «pegada a la cama seguía llorando».⁶ Anita, entonces, buscaba consuelo en la blandura de los colchones y en la suavidad de la sábana junto a su mejilla. Durante el día, en el calor de las lanas de un perro terranova o en la tibieza de la hierba de los prados buscaba la pobre niña el calor del regazo de la madre muerta. Más tarde, buscó el consuelo en sí misma, en las historias que se contaba, «llenas de luz y caricias» (51) y en los «placeres puros y tiernos» (52) que le ofrecía su imaginación. A los diez años, el mundo imaginario que se creaba no era suficiente para calmar sus ansias, y se figuraba que su padre podía poner fin a su soledad: huyó de su hogar para ir a buscarlo, pero sus repetidos intentos fracasaron y, por fin, la escapatoria se hizo totalmente imposible a causa de la extrema vigilancia de doña Camila tras la aventura en la barca de Trébol.

Mientras Ana es una niña, el ciclo de la aceptación de la soledad, el esfuerzo por escapar de ella y la crisis subsiguiente es, como hemos visto, sumamente corto: unas horas o, a lo más, un día. Este ciclo se alarga en la adolescencia, al

5. J. HARTOG, «Introduction: The Anatomiation», *The Anatomy of Loneliness*, Nueva York, International Universities Press, 1980, p. 3.

6. L. ALAS (Clarín), *La Regenta*, Madrid, Alianza Editorial, 1972. En adelante, la paginación de esta obra se indicará en el texto, entre paréntesis.

tener Ana mayor control sobre sus sentimientos y reacciones. Durante varios años Anita vive resignada a su soledad. El retorno de don Carlos al hogar no mitiga esa soledad, sino que la profundiza, pues la presencia de su padre elimina la esperanza de la unión espiritual con él, unión con la que ella tanto había soñado. Su imaginación y la literatura son su única compañía hasta que descubre a San Agustín y, con él, los dulces placeres espirituales que puede ofrecerle la religión y, especialmente, la Virgen María, a quien Anita identifica inmediatamente con la Madre de los afligidos (78).

Así comienza un período de búsqueda, de esfuerzo por comunicarse con María a través de sus versos, nacidos de sensaciones nuevas que producen en ella la edad y el contacto con la naturaleza. Por unos momentos, Anita consigue sentirse unida a María en un raptó poético que culmina con una experiencia pseudomística. La crisis comienza casi inmediatamente, agravada por la repentina muerte de don Carlos, que da realidad física a la soledad espiritual de Ana: «más que la muerte de su padre le dolía entonces su abandono, que la aterraba» (82).

Dos veces en el espacio de dos meses Ana se encuentra a las puertas de la muerte, y su convalecencia es lenta, pero sale de ella hermosísima y curada de sus «accesos de religiosidad» (87). Ya repuesta, la sociedad de Vetusta «la admitió sin reparo en “la clase”, en la intimidad de la clase por su hermosura» (91). Pero Ana, aunque asiste a todas las funciones religiosas y sociales, se mantiene espiritualmente alejada de la sociedad, a la que desprecia: «se había convencido de que estaba condenada a vivir entre necios; creía en la fuerza superior de la estupidez general» (95). Es ahora cuando Ana tiene sus primeros contactos con la sociedad, y el desprecio que ésta le inspira continúa durante toda su vida. Robert Weiss distingue dos tipos de aislamiento, que denomina «aislamiento emocional» y «aislamiento social».⁷ Ana acepta o, mejor dicho, escoge un aislamiento social que, por lo mismo que es voluntario, no le será doloroso. El aislamiento emocional es el que desea superar.

Ya tiene dieciséis años y piensa en el amor, que imagina como algo «grande, demasiado hermoso para estar tan cerca de aquella miserable vida que la ahogaba, entre las necedades y pequeñeces que la rodeaban» (95), pero sabe que, para librar a sus tías de la carga que ella representa, debe contraer matrimonio con un hombre rico. Y, resignada, acepta al que considera «menos necio» (99), don Víctor Quintanar, «el único novio digno de ello» (100), según Frígilis, «a pesar de sus cuarenta y pico, pico misterioso» (104). En don Víctor Alas halla el calor humano y la compañía que ha anhelado toda la vida, pero su matrimonio elimina para siempre la posibilidad de encontrar «la realidad del

7. R. S. WEISS, «Issues in the Study of Loneliness», *Loneliness* (ed. L.A. Peplau y D. Perlman), Nueva York, John Wiley & Sons., 1982, p. 74.

sueño, el héroe del poema, que primero se había llamado Germán, después San Agustín, obispo de Hipona, después Chateaubriand» (105).

El filósofo ruso Nicolás Berdiaev afirma que «sólo el amor puede lograr esa fusión total [del yo] con otro ser que trasciende la soledad».⁸ A los veintisiete años, y tras varios de matrimonio, Ana siente que en esta época de su vida lo que necesita es la compañía de un hombre que pueda satisfacer sus ansias de amar y ser amada, y sus deseos sexuales. Pero sabe que nunca sentirá por Víctor, ni él por ella, el «gran amor» que podría librarla para siempre de la soledad.

Durante la niñez y adolescencia de Ana su aceptación de la soledad, la posterior búsqueda de un consuelo a esa soledad y la crisis resultante eran efecto y, a su vez, parte esencial del proceso de crecimiento y desarrollo físico y espiritual de la joven. Ahora la situación en que Ana se encuentra es muy diferente. No es su transformación de niña en mujer lo que la afecta profundamente, sino la insatisfacción de una vida sin amor. Antes se valió de diversos medios, todos aceptables para su conciencia, en su esfuerzo por vencer la soledad. Ahora, en cambio, el único medio lícito es don Víctor. Lo desesperado de su situación se trasluce en una constante melancolía, de la que llega a enfermar gravemente en Granada (194), y en frecuentes ataques de nervios de corta duración, como el que presenciamos en el capítulo tercero, cuando está preparando su confesión general.

El comienzo de la novela marca el comienzo de una nueva etapa de búsqueda, por parte de Ana, tras varios años de triste aceptación de la soledad. Por primera vez en su vida Ana está empezando a ceder, inconscientemente todavía, a la tentación de vencer su soledad mediante un medio lícito: el amor de Álvaro Mesía. Álvaro se le aparece en sueños, sueños que la llenan de intranquilidad durante un tiempo, pero que acaba aceptando como consuelo esporádico, e inofensivo a su honor. Cuando empieza a permitirse pensar en Álvaro al estar despierta aparece en su vida el Magistral. La presencia del canónigo altera la secuencia lógica de los acontecimientos, en cuanto que abre otro camino a los deseos de Ana: la religión. La religión, de nuevo, como posible medio lícito de vencer la soledad, pero esta vez no a través de libros, sino con la ayuda de un hombre joven con fuego en sus palabras.

La dinámica establecida por la fluctuación de Ana entre la aceptación de la soledad y sus esfuerzos por alejarla de sí queda acentuada, a lo largo de toda la novela, por los constantes vaivenes de su conciencia entre las tres posibilidades de amor que representan Víctor, Álvaro y el Magistral: la fidelidad conyugal, el amor sensual y el amor a Dios, en otras palabras, el deber, la pasión, la devoción. En teoría, el deber de una esposa y la devoción podrían complementarse, y quedaría así eliminado uno de los elementos de esta triple oposición, pero no es

8. N. BERDIAEV, *Solitude and Society* (trad. G. Reaney), Westport, Greenwood Press, 1976, p. 120.

esto lo que quiere Clarín. A él le interesa, por el contrario, mantener y subrayar esta oposición, de la que son conscientes todos los personajes de la novela con excepción, en parte, de Ana y Víctor. Ana percibe el conflicto marido/amante, pero del antagonismo entre el Magistral y Álvaro, por un lado, y el Magistral y don Víctor, por otro, se da cuenta, tan sólo, en su subconsciente. Compara con frecuencia, pero sin reflexionar en el porqué, a Álvaro y Fermín, y, desde el primer momento, le oculta a su esposo, instintivamente, la estrecha comunicación que se ha establecido entre ella y su confesor.⁹ Don Víctor desconfía del Magistral, de quien no debería temer la deshonra, a causa de la condición de clérigo de De Pas, y de la repugnancia de Ana ante la idea de ser amada por un canónigo. Pero, al mismo tiempo, don Víctor tiene ciega confianza en don Álvaro, el hombre que se ha propuesto seducir a su esposa.

El sentimiento que sirve de eje inamovible a las oscilaciones de Ana no es la fidelidad conyugal, sino la pasión por Álvaro. Las sensaciones producidas por el deber y por la devoción no son nuevas para ella. Ya las ha experimentado con anterioridad, y continúa sintiéndose sola. Su esperanza de vencer para siempre la soledad está en el amor, y hacia su consumación avanza Ana inconscientemente, con lentitud y con vacilaciones, pero de forma inexorable. Ana tarda dos años en rendirse a Álvaro. Si no lo hace antes es debido a la atracción que en ella ejerce el Magistral, atracción que Ana atribuye no al hombre, sino a lo que él representa, la religión. La verdadera disyuntiva con que se enfrenta la joven es decidir si la unión con otro ser que tanto anhela puede satisfacerla plenamente si es tan sólo una unión espiritual, la única que puede aceptar de De Pas, o si, por el contrario, debe ser una unión de cuerpo y alma, que sólo hallará con Álvaro. La figura de don Víctor emerge en la mente de Ana sólo cuando, exhausta por esta lucha interna, precisa unos momentos de tregua. Le ve como a un padre comprensivo y bueno, y a él acude para hallar la calma tras sus ataques de nervios, y cuando necesita recobrar cierta tranquilidad de espíritu.

Las vacilaciones de Ana constituyen gran parte de la acción de la novela, una acción psicológica, no física, que comienza al final del capítulo octavo, cuando el interés del lector pasa de Álvaro, que había sido el personaje central del capítulo, al Magistral, que ha conseguido, en una sola confesión, alterar radicalmente, por el momento, la actitud de Ana hacia el hombre del que está enamorada. La preeminencia de uno u otro hombre en el ánimo de Ana no sigue un patrón regular. En los capítulos ocho y nueve el favorecido al principio es desbancado al final. En los capítulos diez y dieciséis Álvaro es el preferido, así como el Magistral lo es en el trece y en el diecisiete. En el dieciocho, los sentimientos de Ana parecen aletargados por las lluvias y el frío del otoño y el

9. F. BAYLE y M. ROMERO FRIAS, «Religión y adulterio a través de los objetos en *Madame Bovary* y *La Regenta*», *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX* (ed. Y. Lissorgues), Barcelona, Anthropos, 1988, p. 372.

invierno vetustenses: nada le satisface, y una profunda lástima de sí misma domina todos sus pensamientos. Con la llegada de la primavera sufre un ataque de nervios, y durante la convalecencia Víctor es, por poco tiempo, la compañía preferida de su esposa. Durante el verano, descrito en el capítulo veintiuno, el espíritu de Ana pertenece por entero al Magistral, pero al retorno de Álvaro a Vetusta Ana se confiesa abiertamente que está «enamorada de él cuanto en ella había de mundano, carnal, frágil y perecedero» (475). En el capítulo veintitrés la Navidad despierta un cúmulo de sentimientos diversos, mundanos y religiosos, en Ana, que tan pronto se encuentra pensando en el hijo que hubiera deseado tener con don Víctor, como admirando a Álvaro u ofreciéndole al Magistral dar su vida por él. Esta vida que quiere sacrificar por de Pas parece abandonarla en el desmayo que sufre, en el capítulo siguiente, en brazos de Álvaro provocado por el placer más intenso que ha gozado en su vida, un placer que anula totalmente su voluntad, haciéndola sentirse como un «cuerpo muerto» (520) para todo lo que no sea la intensa sensación del abrazo de él en el baile.

La culminación de la búsqueda de Ana, o sea, su entrega a Álvaro, es anunciada por su entrega figurativa al Magistral en la procesión de Semana Santa. Pero su participación en la procesión, a que se comprometió en un momento de raptó espiritual, y que debe sellar la unión de su alma con la del Magistral, se convierte para todo Vetusta y para la propia Ana en un símbolo del acto carnal, que acaba repugnándole y que, como si hubiera sido violada, la aleja definitivamente del hombre que la ha poseído. Esta experiencia no responde a una verdadera comunión con otro ser y, por tanto, no ahuyenta, ni por breve tiempo, la soledad de Ana. Asimismo, la crisis subsiguiente no conduce a una aceptación resignada de la soledad, sino a un renovado anhelo de felicidad que, eliminada la contención de la religión, y tras un período de recuperación durante el cual don Víctor es el consabido compañero, empujará a Ana definitivamente a los brazos de Álvaro.

Como había imaginado, al entregarse a su amor por Álvaro, Ana deja de sentirse sola. Durante unas semanas disfruta, por fin, de la «comunión de una personalidad con otra»¹⁰ que Berdiaev ve como única posibilidad de «triunfar sobre la soledad».¹¹ Pero esta «unión», que no es tal ya que la entrega es total, tan sólo, por parte de Ana, termina abruptamente con la muerte de don Víctor y la huida de Álvaro, precipitando a Ana en una crisis que amenaza con ser fatal. El abandono de Álvaro y la desaparición de su marido sumen a la Regenta en una soledad más profunda que la que ha experimentado anteriormente.

La convalecencia es larga y penosa y, durante este tiempo, el hallarse sola es un consuelo para Ana. No necesita resignarse a su aislamiento, sino que lo acoge agradecida. Pero, con la salud, vuelven los deseos de actividad y el eterno

10. N. BERDIAEV, p. 119.

11. N. BERDIAEV, p. 119.

horror a la soledad, y Ana inicia de nuevo la búsqueda. Ha muerto su marido, ha huido su amante, y vuelve a pensar en la religión como posible fuente de consuelo: las prácticas del culto, la catedral, la esperanza de que renazca su fe y, como un sueño que cree inspirado por Dios, la posibilidad de reanudar su amistad con el Magistral. Pero esta amistad es imposible ya que la pasión que, inconscientemente, encendió en él, sigue ardiendo, avivada por los celos y el despecho. Y así como la entrega de Ana al Magistral fue simbólica, también lo es la destrucción de ella a manos de él. La deja desmayada en el templo, sin confesión, rodeada de tinieblas y con la frialdad del beso de Celedonio en la boca. Así será su futuro: muerta su última esperanza, Ana se ve condenada para siempre a la negrura y al frío de la soledad.

Físicamente, Ana es un personaje estático: pasa la mayor parte del tiempo en su hogar, sale raramente y en sus salidas va siempre a los mismos lugares. Escribe Ben Mijuskovic que «la soledad o, más exactamente, el impulso de evitar la sensación de aislamiento, es la fuerza psíquica dominante que constituye el fundamento de todo el conocimiento y la conducta del hombre».¹² La inestabilidad espiritual de Ana, efecto de una existencia solitaria de la que quiere escapar, dota a la novela de un dinamismo psicológico de gran intensidad. Su vida transcurre en ciclos impulsados por su ansia de formar parte de un todo que dé sentido a su existencia. El calor del regazo materno, la compañía del padre, el misticismo, el matrimonio, la devoción y el amor la atraen en las distintas épocas de su vida pues tiene la esperanza de que cada uno de ellos sea esa otra parte del todo que necesita para sentirse completa. Pero la ilusión se desvanece una y otra vez, y continúa sintiéndose desesperadamente sola. Y seguirá siempre sola.

12. B. L. Mijuskovic, *Ibid.*, p. 11.